

Philippe Claudel

# LA INVESTIGACIÓN

Traducción del francés de  
José Antonio Soriano Marco



Título original: *L' Enquête*

Ilustración de la cubierta: Mark Airs / Getty Images

Copyright © *Éditions Stock*, 2010

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7<sup>a</sup> 2<sup>a</sup> - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-841-1

Depósito legal: B-5.313-2018

1<sup>a</sup> edición, abril de 2018

*Printed in Spain*

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

*A los que vendrán,  
para que no sean los siguientes.*



«No busques. Olvida.»

HENRI-GEORGES CLOUZOT, *El infierno*



# 1

Cuando el Investigador salió de la estación, lo recibió una mezcla de lluvia fina y nieve fundida. Era un hombre de poca estatura, más bien rechoncho y casi calvo. Todo en él resultaba anodino, desde la ropa que llevaba hasta la expresión de su rostro. Si alguien hubiera tenido que describirlo, por ejemplo en una novela, o durante un procedimiento penal o en una declaración ante un juez, sin duda le habría costado esbozar su retrato. Era, por así decirlo, un ser evanescente, alguien a quien olvidas apenas lo ves. Su presencia tenía la vaguedad de la niebla, de los sueños o del aliento que exhala una boca. En eso se parecía a millones de personas.

La plaza de la estación era como tantas otras plazas de estación, un conjunto de edificios impersonales pegados unos a otros. En lo alto de uno de ellos, una valla publicitaria exhibía la fotografía exageradamente ampliada de un anciano que devolvía a quien lo contemplaba una mirada entre divertida y melancólica. El eslogan que acompañaba a la imagen —si es que lo

había— no se podía leer porque la parte superior de la valla se perdía entre las nubes.

El cielo se deshacía y caía en forma de polvo húmedo, que se fundía en los hombros y luego penetraba hasta el cuerpo sin que uno pudiera evitarlo. En realidad no hacía frío, pero la humedad era como un pulpo, introducía sus delgados tentáculos por el más mínimo espacio libre que quedaba entre la ropa y la piel.

Durante un cuarto de hora, el Investigador permaneció inmóvil y muy erguido, con la maleta en el suelo, junto a él, mientras las gotas de lluvia y los copos de nieve aterrizaban en su cabeza y su gabardina. No se movió. Ni un milímetro. Y, en todo ese tiempo, no pensó en nada.

No pasó ningún coche. Ningún peatón. Se habían olvidado de él. No era la primera vez que le ocurría. Se levantó el cuello de la gabardina, cogió la maleta y, antes de quedarse empapado del todo, se dispuso a cruzar la plaza en dirección a un bar que ya tenía las luces encendidas, pese a que el reloj que colgaba de lo alto de una farola, a unos metros de él, aún no marcaba las cuatro de la tarde.

El local estaba extrañamente desierto, y el Camarero, que dormitaba detrás de la barra mientras veía ensimismado los resultados de las carreras de caballos en la televisión, le lanzó una mirada no muy amable.

—¿Qué quiere tomar? —le preguntó con desgana después de que el Investigador se quitara la gabardina, se sentara y esperase un rato.

El Investigador no tenía ni mucha sed ni mucha hambre. Sólo quería sentarse un momento en algún sitio antes de ir adonde debía ir. Sentarse y analizar la



situación. Pensar bien lo que iba a decir. En definitiva, meterse poco a poco en su personaje de Investigador.

—Un ponche —dijo al fin.

—Lo siento, no puede ser —respondió el Camarero de inmediato.

—¿No sabe preparar ponche? —le preguntó el Investigador, asombrado.

El Camarero se encogió de hombros.

—Por supuesto que sí. Pero esa bebida no está catalogada en nuestra base, y la caja no podría cobrarla.

El Investigador estuvo a punto de hacer un comentario, pero se contuvo, suspiró y pidió un agua con gas.

Fuera, la lluvia había cedido a los repetidos avances de la nieve, que ahora, en pequeños remolinos, casi irreal, caía a cámara lenta, dosificando su efecto. El Investigador miró los copos, que alzaban ante él un biombo tembloroso. Apenas veía la fachada de la estación y, más allá, ni siquiera distinguía los andenes, las vías y los trenes parados. Era como si el lugar en el que se había detenido hacía unos instantes para situarse en aquel mundo nuevo, en el que ahora tendría que componérselas, hubiera desaparecido de repente.

—Hoy empieza el invierno —dijo el Camarero, dejando en la mesa la botella que acababa de abrir.

No lo miraba a él, sino a los copos de nieve. De hecho, había pronunciado aquella frase como si no estuviera allí, como si la idea se le hubiera escapado de la mente para revolotear unos instantes alrededor de su cabeza, cual un pobre y resignado insecto que, sabiéndose condenado a desaparecer en breve, sigue dispuesto a ofrecer su actuación, a interpretar hasta el final su

papel de insecto, aunque su espectáculo no le interese a nadie ni vaya a servir para salvarlo.

El Camarero continuó así un largo rato, inmóvil junto a la mesa, ajeno a la presencia del Investigador, mirando embelesado la nieve, que, al otro lado de los cristales, dejaba caer sus blanquecinas partículas en espirales tan elegantes como caprichosas.

## 2

El Investigador habría jurado que, al salir de la estación, había visto dos o tres taxis. Taxis que esperaban con el motor en marcha y los faros encendidos, mientras el tubo de escape soltaba un humo gris y tenue que desaparecía en el aire en cuanto era expulsado. Sin duda, se habían ido ya con los clientes sentados y bien abrigados en el asiento de atrás. Qué torpeza la suya...

La nieve había decidido quedarse un rato más. Seguía cayendo, imponiendo su ley. El Investigador había preguntado al Camarero qué dirección debía tomar. Esperaba una respuesta desagradable, pero el Camarero pareció alegrarse de poder ayudarlo: en realidad, no tenía pérdida, la Empresa era enorme, la vería enseguida. Se extendía por todas partes. Cogiera la calle que cogiera, acabaría encontrando un muro, una verja, un camino de acceso, un almacén, un muelle de carga propiedad de la Empresa.

—En cierto modo, aquí todo es de la Empresa, en mayor o menor medida —había comentado el Camarero, poniendo énfasis en el «todo»—. Sólo tiene que

bordear el perímetro hasta llegar a la entrada principal y el Puesto de Guardia —había añadido antes de volver a ensimismarse en las carreras de caballos.

Con los ojos clavados en la pantalla recorrida por unos purasangre sudorosos, los codos apoyados en la barra y la cabeza descansando entre las manos, ni se inmutó cuando el Investigador se despidió, cruzó la puerta del bar y salió de su vida.

Al fin y al cabo, su papel acababa ahí.

Aún no había caído del todo la noche, pero la oscuridad ya era muy real, acentuada por la soledad absoluta en la que se movía el Investigador, que avanzaba por las aceras cubiertas de nieve sin ver un alma y con la sensación, sólo a ratos, de recorrer pese a todo un mundo habitado, cuando su pequeña silueta entraba en el halo amarillento y cremoso de una farola y se mantenía en él durante unos metros, antes de volver a las zonas crepusculares, densas e insondables.

La maleta empezaba a pesarle. La gabardina cho-reaba. El Investigador caminaba sin pensar. Temblaba cada vez más. Sus ideas vagabundeaban, como sus helados y doloridos pies. De pronto se vio como un evadido, un fugitivo o como un último superviviente en busca de refugio tras escapar de una catástrofe química, ecológica o nuclear. Sentía que el cuerpo se le convertía en su propio enemigo, y avanzaba como en sueños. Aquello nunca terminaba. Tenía la sensación de llevar horas deambulando. Todas las calles eran iguales. En su uniformidad abstracta, la nieve borraba todos los puntos de referencia. ¿Estaba dando vueltas sin más?

El golpe fue repentino y, a pesar de que apenas se tocaron, lo dejó atontado. Había tropezado con un

hombre, o tal vez con una mujer, no estaba seguro; en todo caso, con una figura humana que se había dirigido corriendo hacia él en la oscuridad a una marcha moderada pero imparable. Disculpas, unas palabras educadas de su parte. De la otra, nada, gruñidos, el ruido de unos pasos que se alejan. La oscuridad tragándose una silueta.

¿Otro sueño?

No, quedaba algo del incidente: un fuerte dolor en el hombro izquierdo y en la frente, sobre la que seguían cayendo copos de nieve moribundos mientras se la masajeaba. Y la maleta, claro. La maleta. Volcada, abierta en el suelo, como esos equipajes que, después de uno de tantos accidentes aéreos, aparecen en los telediarios flotando en la superficie del mar, como últimos testigos de vidas zarandeadas por las corrientes, de vidas truncadas, segadas, cercenadas, reducidas a jerséis empapados de agua salada, a pantalones que siguen moviéndose aunque ya no contienen ninguna pierna, a muñecos de peluche asombrados por haber perdido para siempre los brazos infantiles que los rodeaban.

El Investigador recogió con dificultad las cinco camisas, la ropa interior, el pijama, los artículos de aseo —salvo la pasta de dientes, que había aplastado sin querer con el pie y se había extendido por la nieve como un gusano grueso rosa y azul con olor a menta artificial—, el pantalón de tergal, el despertador, los pares de calcetines, la bolsa, aún vacía, para la ropa sucia, la máquina de afeitar y su rebelde cable... Por fin, volvió a cerrar la maleta, que ahora pesaba más, porque, aparte de sus pertenencias, contenía un poco de nieve, lluvia y melancolía.

Sin embargo, no tenía más remedio que seguir andando, ya en plena noche, por aquella ciudad que cada vez le parecía menos hospitalaria, habitada sólo por sombras tan compactas como toros, capaces de derribar a un hombre de una sola cornada. Para colmo de males, estornudó tres veces seguidas. Seguro que al día siguiente se levantaría moqueando, con la garganta seca, irritada y encogida, la frente ardiendo y la cabeza como un bombo aporreado sin piedad. Sería un amanecer desagradable. «¡Qué bien despertarse así el día de investigación largo y pesado que tenía por delante! ¡Menudo fastidio!», se dijo.

Despertarse, sí. En una habitación, por supuesto. Pero ¿en qué habitación?

### 3

Así que aquello era el Puesto de Guardia... Pues no se parecía en nada a un puesto de guardia, igual que lo que había alrededor no se parecía en nada a la entrada de una empresa, y menos aún de la Empresa.

El Investigador había pasado unas tres o cuatro veces por delante sin ni siquiera sospechar que aquella especie de búnker, aquel paralelepípedo de hormigón desnudo horadado a intervalos regulares por vanos tan estrechos como saeteras, podía ser el Puesto de Guardia. Producía una impresión de impenetrabilidad total. Aquella construcción hacía que quien se le acercaba se sintiera un intruso, casi un enemigo. Los caballos de Frisia colocados a uno y otro lado sugerían la inminencia de un ataque del que había que defenderse, y la alambrada de púas, los rastrillos y las barreras en zigzag que se veían detrás aumentaban la sensación de amenaza potencial. A la mente del Investigador acudieron imágenes de embajadas fortificadas en países en guerra. Pero ni la Empresa era una embajada ni el país estaba en guerra. Que él supiera, al otro lado de

aquellos muros sólo se fabricaban sistemas de comunicación inofensivos, junto con los programas que los hacían funcionar. Carecían de valor estratégico auténtico y hacía tiempo que su producción no era ningún secreto, así que, en realidad, nada justificaba semejantes medidas de seguridad.

En una pared lateral del muro exterior, el Investigador acabó encontrando una ventanilla junto a la que había un timbre. Tras la ventanilla, al otro lado del cristal grueso —¿sería a prueba de balas?—, una luz de quirófano iluminaba un espacio de pocos metros cuadrados. Se veía un escritorio, una silla, un calendario clavado a una pared con una chincheta y un gran cuadro de mandos, en el que se alineaban decenas de pilotos, algunos encendidos, otros apagados y otros parpadeantes. En la pared de la izquierda, los monitores de vigilancia formaban un mosaico regular que ofrecía imágenes de las dependencias de la Empresa: despachos, almacenes, aparcamientos, escaleras, talleres desiertos, sótanos, muelles de carga...

Había dejado de nevar, pero el Investigador seguía tiritando. Ya no sentía la nariz. Se había levantado las solapas de la gabardina todo lo posible para protegerse el cuello, pero tenía la ropa empapada, lo que no hacía más que aumentar su malestar. Llamó al timbre. Nadie contestó. Volvió a llamar. Esperó. Echó un vistazo a su alrededor y llamó a gritos, pero sin muchas esperanzas, porque en aquel lugar no se oía ningún sonido humano, sólo ruidos mecánicos, el ronroneo de motores o calderas y el zumbido de subestaciones o generadores eléctricos mezclándose con los silbidos del viento, que aumentaba por momentos.



—¿Quién es?

El Investigador dio un respingo. La pregunta, chisporroteante y un tanto agresiva, había brotado del altavoz de un interfono que estaba situado a la izquierda del timbre.

—Buenas tardes —consiguió balbucear el Investigador cuando se repuso de la sorpresa.

—Buenas noches —lo corrigió la voz, que parecía venir de muy lejos, de las profundidades de un mundo infernal.

El Investigador se disculpó, se explicó, se presentó, mencionó que había estado esperando delante de la estación, el bar, las indicaciones del Camarero, la caminata, que se había desorientado y que había pasado varias veces ante el...

—¿Dispone de la Autorización Excepcional? —lo interrumpió la voz.

—¿Perdón? No comprendo...

—¿Dispone de la Autorización Excepcional?

—¿La Autorización Excep...? Soy el Investigador... No sé de qué me habla... Mi visita está programada. Me esperan...

—Se lo pregunto por última vez: ¿dispone de la Autorización Excepcional o no?

—No, pero seguro que mañana me la dan —farfuleó el Investigador, cada vez más desconcertado—. En cuanto vea a un responsable...

—Sin la Autorización Excepcional no puede entrar en las instalaciones de la Empresa pasadas las nueve de la noche.

El Investigador iba a responder que sólo eran las... Pero echó un vistazo al reloj y se quedó estupefacto:

iban a dar las diez menos cuarto. ¿Cómo era posible? ¿Significaba eso que había estado andando durante horas? ¿Cómo había podido perder la noción del tiempo de esa manera?

—Estoy confuso, no creía que fuera tan tarde.

—Vuelva mañana.

Oyó algo parecido al sonido de una cuchilla cayendo sobre el tajo de un carnicero. El chisporroteo cesó. Empezó a tiritar aún más. Sus calcetines, demasiado finos para esa época del año, estaban empapados. Los bajos del pantalón parecían dos bayetas chorreantes. Tenía los dedos entumecidos. Volvió a llamar al timbre.

—¿Y ahora qué ocurre? —gruñó la voz lejana, furiosa.

—Siento molestarlo de nuevo, pero no sé dónde pasar la noche.

—Esto no es un hotel.

—Por eso mismo. ¿Podría indicarme alguno?

—Esto no es la Oficina de Turismo.

La voz calló. Esta vez, el Investigador comprendió que era inútil insistir. De pronto, sintió un cansancio enorme, y al mismo tiempo el pánico empezó a hacer latir su corazón a una velocidad inusitada. Se llevó una mano al pecho. A través de las capas de ropa empapada notó el ritmo enloquecido, el golpeteo sordo del órgano contra la pared del tórax. Era como si alguien llamara con desesperación a una puerta, una interior, una que estaba cerrada, sin que nadie le abriese o le respondiera.

La situación rayaba en lo absurdo. El Investigador nunca se había visto en semejante aprieto. Se frotó los ojos e incluso se mordió los labios para asegurarse de que todo lo que le estaba pasando desde hacía unas horas no era una pesadilla.

Claro que no, estaba allí de verdad, ante aquella entrada, que de entrada no tenía nada, ante el muro exterior de la Empresa, que no se parecía a ninguna otra empresa, junto a un puesto de guardia muy diferente de uno normal, calado hasta los huesos y castañeteando los dientes, eran las diez de la noche pasadas y la lluvia, sin duda para aumentar aún más su desconcierto, tomaba el relevo de la nieve y le martilleaba la cabeza.

Más que llevar la maleta, la arrastraba, y ésta ya no contenía ropa, sino piedras, hierro colado, vigas de acero y bloques de granito. Cada paso que daba iba acompañado de un sonido parecido al que produce una esponja al estrujarla. Las aceras se habían convertido en grandes aguazales; apenas se habría sorprendido si, de pronto, una de aquellas charcas insondables

se lo hubiera tragado para siempre. Pero, de pronto, recordó —y eso le dio esperanzas nuevas— que, durante su peregrinaje, en una calle a su derecha —se acordaba de que era a la derecha, aunque ¿de qué iba a servirle ese detalle?—, había divisado un letrero luminoso, y creía —pero eso ya era entrar en el terreno de la especulación y, de hecho, no habría puesto la mano en el fuego— que el letrero anunciaba un hotel. Hoteles... habría unos cuantos en la periferia de la Ciudad, en sus ruidosos márgenes, donde los tramos de enlace y las salidas de las autopistas cumplen su cometido y purgan las vías rápidas de una ola de vehículos demasiado densa, efectuando sangrías vitales, separando los destinos y las vidas. Pero, a pie y con aquel tiempo, llegar hasta allí habría sido una odisea. Para empezar, ¿por dónde debía ir? No tenía la menor idea.

Y pensar que podría haber evitado todo aquel embrollo haciendo algo muy sencillo... Si esa mañana se hubiera acordado de cargar el móvil antes de salir de casa, a esas horas ya estaría acostado en una cama, bien caliente, oyendo tamborilear la lluvia en la ventana de la habitación del hotel, un hotel que habría encontrado sin dificultad llamando al servicio de información. Ahora, sin embargo, aquel difunto, inútil y dichoso aparatito, que notaba en el bolsillo de la gabardina de vez en cuando, al cambiarse la maleta de la mano izquierda a la derecha o viceversa, sólo servía para recordarle su falta de previsión y su estupidez.

¿Qué hora sería? No se atrevía a mirar el reloj. Estaba agotado y muerto de frío. Estornudaba cada tres metros y de la nariz le goteaba agüilla tibia como si fuera un grifo mal cerrado. ¿Tendría que dormir en

un banco de la estación, como un mendigo? En ese momento se acordó de que, ahora, en esa región del país, las estaciones cerraban las puertas durante la noche, justo para evitar convertirse en dormitorios colectivos, y además hacía años que los bancos públicos se diseñaban de tal modo que era imposible tumbarse en ellos.

Caminaba al azar, sin reconocer nada. Cruzaba plazas, recorría manzana tras manzana de pisos y atravesaba zonas residenciales con todas las ventanas a oscuras, como si en aquella ciudad nadie trasnochara. Por las calzadas no circulaba ningún vehículo. Ni coches, ni motos, ni bicicletas. Nada. Era como si una especie de toque de queda hubiera prohibido el tráfico en toda la Ciudad.

El Camarero no le había mentado: la Empresa estaba en todas partes. Cerca o lejos, el Investigador distinguía la masa oscura de sus instalaciones, que, tras las estrías gélidas de la lluvia, formaba paredones, murallas altas, a veces almenadas, pero siempre gruesas e imponentes. Y, además, pese al crepitar del agua en el asfalto, oía su rumor, un rumor perceptible, continuo, bajo, que le recordaba el ruido de un frigorífico que alguien se hubiera olvidado de cerrar.

El Investigador se sentía viejo y desanimado, pese a que la Investigación ni siquiera había empezado, pese a que, en realidad, nada había empezado. La lluvia arreciaba, lo mismo que el viento, que barría las calles metódicamente, llenándolas de una especie de hálito terroso, fétido y glacial, que acabó de aterirlo. Llevaba andando... ¿cuánto rato? No tenía la menor idea; en aquel barrio no se veía ningún edificio. Las aceras bor-

deaban sendos muros de hormigón de cerca de tres metros de altura erizados de cascos de botella, y las calles, estrechas, que se ramificaban cada poco, le producían la sensación angustiosa de haberse transformado en una especie de roedor encerrado en una trampa inmensa. El paisaje, monótono y asfixiante, terminó de desorientar al Investigador, que siguió avanzando con la impresión extraña de que alguien, un ser invisible apostado en un sitio muy alto, por encima de su cabeza, observaba divertido su absoluto desamparo.